

los latidos divinos de dos días antes. ¡Oh todavía se combatirá, se combatirá aún!

—¿Quién iba en aquel carruaje?,—preguntó Carletes con viva curiosidad.

—El Rey.

## VIII.

—Señores míos—nos dijo el médico la primera vez que se levantó Carletes,—me creo en el deber de deciros que este chico está en la imperiosa necesidad de volverse á casa. Está curado; pero la más insignificante cosa puede serle fatal. Acaso dentro de pocos días, hecha la paz, volveremos la espalda á Venecia é iremos á Ferrara, y desde Ferrara Dios sabe donde; nos echaremos al cuerpo la friolera de quince ó veinte días de marcha y acaso más, y es imposible que este chico nos siga; necesita quietud, reposo y no marchar siete horas al día y dormir sobre la hierba. Esta no es vida propia para un muchacho convaleciente, convendrán ustedes, supongo, conmigo.

Y nos dejó.

Permanecimos algun tiempo pensativos. Pero á las palabras del médico por mucho que se tratase de buscarles contestacion, no habia razones que oponer. Que volviese á casa era una necesi-



dad evidente é imperiosa: pero ¿cómo hacerlo volver? ¿A qué casa volvería aquel pobre infeliz? ¿A la suya para dejarlo morir de dolor? No, ciertamente: ¿dónde pues? Se pensó, se consultó, se discutió, y no se llegó á acordar nada en resumidas cuentas, y casi se estaba al borde de no hacer caso á los consejos del médico cuando un oficial paduano, un jovencillo con tanto corazon, que aunque lo repartiese en todo el regimiento todavía le sobrarian ánimos y bondad de alma, exclamó:

—Yo me encargo de él, pero necesito saber su nombre y donde vive. Lo pondré bajo la proteccion de mi familia; hoy mismo escribiré á mi casa. Protegido por los míos podrá volver con la madrastra, y si fuese preciso nos quedaremos con él en casa y allí lo tendremos hasta que nos parezca conveniente: palabra de honor. ¿Conviene?

La proposicion fué acogida con un «bravo» general y un aplauso no ménos unánime, y una descarga de palmadas de felicitacion de todos los concurrentes sobre las espaldas del proponente, que le quitaron el polvo á la ropa en un abrir y cerrar ojos.

—Ahora queda lo más difícil, sin embargo, añadió libertándose de nosotros á fuerza de empujones y codazos.

—¿Qué?

—Convencerlo.

Resolví encargarme yo del particular y nos separamos.

La tarde de aquel mismo dia antes de ponerse el sol mientras estábamos en grupos de diez ó doce charlando alrededor de la tienda del vivandero, aquel mismo oficial paduano de quien acabo de hablar, alzó la voz sobre el tumulto de la brigada y gritó:

—¿Quién viene á ver Venecia?, se ha concluido un nuevo armisticio; podemos alejarnos del campo; ¿quién me acompaña?

—Yo, respondieron todos.

—Vamos.

—¡Vamos!

Y todos emprendieron la marcha.

—Carletes, ven conmigo vamos á ver Venecia.

Desde nuestro campo situado en los alrededores de Mestre no se veía Venecia; pero á poco ménos de una hora de camino podíamos llegar hasta un punto desde donde se la divisaba perfectamente; aquel punto es un grupo de casas, un grupo de alquerías y una posada muy conocida en el ejército porque encierra las dos caras más bonitas que he visto en el mundo desde que llevo estos ojos.

Tomamos el camino de Pádua y nos dirigimos á aquellas casas. Apénas pasado el meson, que



era la última de ellas, debía presentárenos de repente Venecia. La mayor parte de nosotros no la habia visto jamás; y á todos nos palpitaba el corazon á medida que nos aproximábamos. ¡La veremos al fin, pensábamos, veremos esta bendita ciudad!—Faltan todavía cincuenta pasos; cuarenta...; todavía... ¡Oh, cómo me tiemblan las piernas! Veinte pasos..., diez... Alguno se paró y miró á su alrededor como para decirnos:—Mirad, ¡si todavía soy un chiquillo!... Cinco pasos aún... ¡Ya!—¡Miradla, héla ahí!...

Un temblor general corrió por todos mis miembros, y me dió un vuelco el corazon.

Todos permanecemos inmóviles y mudos.

Ante nosotros se extendía un vasto espacio de terreno inculto y desnudo, salpicado de anchos pantanos, tras del cual se distinguía en lontananza, muy brillante, un pedazo de laguna, y más allá, Venecia. Venecia se nos aparecía á través de vaga niebla, bañada en un tono azulado que le daba aspecto entre delicado y misterioso. A la izquierda, su estupendo é inmenso puente; á la derecha, léjos, muy léjos, el puente de San Jorge, y más allá otros puentes esparcidos por las lagunas como puntos negros. ¡Era un espectáculo maravilloso! El sitio donde nos hallábamos se encontraba enteramente desierto, y corría un airecillo que sacudía los cercanos árboles, produciendo el único ruido perceptible.

Nadie hablaba: todos contemplaban atónitos á Venecia.

—¡Ea!—gritó uno de mis compañeros de buen humor, demasiado tierno en sus afectos y en sus aficiones á Baco y Vénus, pero excelente chico en el fondo—¡Ea!—repitió—no estemos aquí echándola de sentimentales. ¿Quién bebe dos dedos de vino?

Unos gritaron:—¡Yo!—otros inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, y Carletes corrió á la posada mientras nos sentábamos al borde de una loma, mirando á Venecia.

—Hé ahí el amigo de los hombres de pró—continó el que habia tomado la palabra ántes, señalando al vino que venía;—¡mano á la botella y arriba los vasos! Ya se sabe, nosotros los militares en campaña, no bebemos gota á gota, sino que tragamos á ojos cerrados, y no es raro que al cabo de unos cuantos minutos no salte alguno cantando. Oye tú, compadre, enséñanos alguna barcarola bonita, de esas que tú sabes y que nos propinas, que queramos ó no, horas y horas en la tienda.

Y todos contestaban á coro:

—Sí, sí, enséñanos una barcarola bonita.

—Dirigíos á éste—respondió el interpelado, señalando á otro que presumía de poeta y de tenor,—hacedle improvisar una cancion, puesto que es de los dos oficios, tenor y poeta.



- ¡Bravo, ya lo creo!  
 —¡Animo, señor poeta!  
 —¡Venga esa romanza!  
 —¡Vamos, no se haga de rogar!  
 —¡Oigamos esa hermosa voz!

Creo que mi amigo tenía ya una poesía en la imaginación, porque aceptó demasiado pronto la invitación que se le hacía, con sonrisa de complacencia; de todos modos no nos regaló sino versos campestres, es decir, adocenados y detestables.

—Se necesitaría una guitarra...

—¿Pero dónde se va á encontrar aquí una guitarra?

—Espera, espera—gritó un tercero, dirigiéndose hacia la posada.

De allí á poco volvió con una guitarra en la mano:

—¡Cómo era posible no encontrar una guitarra aquí, á cuatro pasos de las góndolas y de los amores nocturnos, bah!

El poeta (si se me permite la palabra), tomó el instrumento y se preparó á tocar.

Todos le rodearon, callaron y esperaron.

—Escuchad: primero recito los versos, copla y estribillo; despues canto yo la copla y vosotros el estribillo. ¿Os parece bien?

—¡Perfectamente! Vamos á ver.

Y empezó así:

¡Yo te saludo extático,  
 Venecía la inmortal!  
 ¡Con qué amor infinito,  
 con qué infinito amor,  
 guardaba tu recuerdo  
 mi pobre corazon!

—¡Qué es eso! ¡Qué es eso!—interrumpió el que propuso echar una *copa* y no una *copla*,—queremos una barcarola, una barcarola buena; pero no versos melancólicos; y nada de *inmortal*, ni de *corazon*, ni de *extático*, ni de *amor infinito*; déjate de fantasías, caro poeta, ¿ó es que te parecen nuestras fisonomías propias para que te la eches de sentimental?

Todos los que habian empinado el codo más de lo regular aprobaron clamorosamente las palabras del orador.

—¡Vaya un gusto!—exclamé yo á mi vez—¡echarla de graciosos y bufones! ¡Ah, ya tenemos bastante con la probabilidad de envainar los sables ahora y volver á emprender gloriosamente el camino de Ferrara y tornar, Dios sabe adonde, á llevar la vida insulsa de la guarnicion en un pueblo! ¡Bah, pues no hay duda que debemos tener humor para echarla de graciosos!

Los *sentimentales* se declararon mis partidarios; los *bebedores* insistieron; el *poeta* se mantuvo tieso, y la brigada se dividió en dos: una mitad se retiró á alguna distancia; encendieron los cigarros



y continuaron libando el mostillo; la otra mitad prestó oído, encantada, á la interrumpida cantinela.

—Tambien cantaremos nosotros, señores llorones de la musa plañidera—gritó uno de los que rendian tributo á Baco, alzando el vaso en actitud de brindar, siendo acogidas aquellas palabras con general carcajada.

—Cantad, pues—respondimos.

Y el poeta (si se me permite la palabra) volvió á empezar:

¡Yo te saludo extático,  
Venecia la inmortal!  
¡Floron del Adriático,  
divina capital!

Y en coro repetimos:

¡Floron del Adriático,  
divina capital!

Y los borrachos respondieron:

¡Que bien que va saliendo,  
tenor piramidal!

La risotada entónces se comunicó al grupo de los serios. La voz de Carletes se percibia clara y penetrante en medio de todas, trémula y armoniosa.

Y volvió á entonar:

¡Por qué miéntras te miro  
exhalo yo un suspiro  
como de triste amor,  
y no en gritos de gozo  
prorumpo el corazon?

El coro:

¡Y no en gritos de gozo  
prorumpo el corazon?

Y los otros respondieron:

Yo rio á pierna suelta  
y pienso que es mejor.

A estas palabras siguió gran ruido de vasos y estridentes carcajadas.

El sol habia desaparecido, y la brisa refrescaba el ambiente.

¡Ay! ¡De esta comarca  
que en nos ahora confía,  
la extraña tiranía,  
no el ítalo valor,  
sino virtú extranjera  
lanzaré al opresor!

Y el coro:

¡No el ítalo valor,  
sino virtú extranjera  
lanzaré al opresor!



Y los alegres repusieron:

¡Qué rico vino es éste!  
¡Qué espuma, qué color!

Este último estribillo fué improvisado ya con ménos viveza y ménos alegría. ¡Era que la soledad del paraje, el morir del día, y la vista de Venecia poblándose de lucecillas, empezaba á verter la melancolía áun en los espíritus más alegres?

¡Oh, madre! ¡Sí, en tu seno  
quiero inclinar la frente;  
derrámese en torrente  
mi llanto sin temor;  
que esta tristeza dulce  
seméjase al dolor!

Y el coro:

¡Que esta tristeza dulce  
seméjase al dolor!

Y dos voces del otro grupo añadieron:

¡No me rompáis el cráneo,  
hacedme este favor!

Los otros no rieron ya esta vez.

La última estrofa fué repetida dos veces más, y los bebedores no contestaron, sino que se volvieron hácia Venecia. Cantamos por cuarta vez la

estrofa, y sólo Carletes se calló. Habia comprendido sin duda todo su sentido, y se le habia oprimido el corazon al pobre muchacho. La hora, el sitio y la música lenta y continuada de la cancion, despertaron en su alma repentina ternura.

—¿Qué tienes, Carletes?—susurré á su oido—  
¿Qué tienes que has escondido la cara entre las manos?

—Nada.

—Escucha... ¿Y si nosotros te diéramos otra madre que te quisiese mucho y de verdad?

Me miró con los ojos desmesuradamente abiertos, y miéntras yo le hablaba, escuchaba con atencion suma sin parpadear.

—¿Y bien?—le pregunté cuando concluí mi sermon.

No me respondió. Estaba recogiendo las hierbas que habia alrededor y al alcance de su mano.

—Y bien...

Se levantó bruscamente, echó á correr en direccion de la vecina hondonada y fué á ocultarse en ella. Al cabo de algunos segundos percibí un sollozo y un llanto luego que hizo estremecerse mi corazon.

—¿Qué es eso?—preguntaron los compañeros.

—Es, ¡lo que podíamos prever! Todos callaron y se oyeron clara y distintamente los sollozos de Carletes.



—Es preciso dejar que se desahogue; lo necesita, le hará bien.

Y volvieron á entonar la cancion:

¡Oh, madre, sí, en tu seno  
quiero inclinar la frente  
derrámese en torrente  
mi llanto sin temor;  
que esta tristeza dulce  
seméjase al dolor!

Entre verso y verso se escuchaba el llanto del pobrecillo Carlos.

El espectáculo de Venecia desde aquel punto y en aquel instante era encantador.

—¡Silencio!—gritó de improviso uno. Todos callaron y prestaron atencion. El viento nos traía con intervalos el sonido de una banda militar.

—Es la charanga de los croatas de Malguera—indicó el paduano.

Jamás olvidaré el sentimiento de profunda melancolía que experimenté en aquel instante.

\*  
\* \* \*

Es inútil que repita los lloros, los lamentos, la desesperacion y las súplicas del pobre Carletes; baste decir, que más de una vez la compasion que

nos inspiró nos puso al borde de mandar á paseo las prescripciones facultativas. Pero se trataba de su salud y nos mantuvimos enérgicos. La idea, sin embargo, de una buena familia que lo iba á proteger, que lo enviaría á la escuela y á paseo diariamente con los hermanos pequeños del oficial, y que en todo caso lo consideraría como un hijo; y de otra parte, la lectura de la carta de la madre del oficial en que se hacian mil protestas de que sería el objeto más querido y predilecto en la casa, todo contribuyó á que, despues de habernos asegurado mil y mil veces que no, que nunca volvería á su casa, exclamase al fin: —¡Y bien, á casa volveré!

Trascurridos algunos dias, levantamos el campo, y nos pusimos en camino, dirigiéndonos á Pádua. Allí llegamos una hermosa mañana al despuntar el sol. Entramos por el Portillo y atravesamos todas aquellas mismas calles que cruzamos al venir. Llegados á un cierto punto, vimos de repente que salian de las filas el oficial paduano y Carlos (que con entrambas manos mantenía el pañuelo sobre sus ojos), dirigiéndose al ancho zaguan de un caseron antiguo. Al pisar el umbral, Carletes se volvió un momento, torció hácia nosotros la cara convulsa y lagrimosa, y alzando los brazos, pronunció entre sollozos una palabra que ninguno comprendió; los soldados le devolvieron el saludo y desapareció.



Después de aquel día no le vimos más; sin embargo, á los quince, supimos que conducido á casa de aquel amigo, fué recibido con verdaderos transportes de alegría y de cariño y solicitud; su madrastra había ido á verlo, llorando y haciendo muchos extremos; no ciertamente por el cariño que le inspiraba, sino porque esperaba sin duda conseguir algún socorro de dinero de aquella familia acomodada, llevándosele consigo; y con efecto, aquel socorro y aquella protección no le faltaron á la madrastra ni á Carlos mensualmente.

Se nos dijo que Carletes seguía bien, y que sólo se le notaba que en ocasiones se encontraba melancólico, sobre todo cuando iba á la plaza del pueblo á ver formar los soldados, ó cuando iba la guarnición al ejercicio precedida de la banda, ó cuando oía el toque de las cornetas y tambores. En tales casos se le había visto tan triste, que hasta se escondía en un rincón de la casa y se echaba á llorar, permaneciendo así por espacio de mucho tiempo.

## IX.

Cinco meses habían transcurrido desde la última vez que vimos á Carletes.

Mi regimiento estaba de guarnición en una pequeña ciudad de Lombardía. Una mañana al salir de casa, encontré á mi amigo de Pádua, el cual acercándoseme con el semblante descompuesto, me presentó una carta, diciendo:

—Lee. Y sin añadir palabra se alejó.

Desdoblé el papel y miré: eran dos cartas, una de Carlos, cuyos gruesos caracteres reconocí en el acto, y otra suscrita por *tu amantísima hermana*. Era de la familia de mi compañero. La epístola de Carletes era de fecha atrasada; la había escrito diez días ántes; la otra estaba escrita la víspera. Dí la preferencia á la más reciente.



\*  
\*  
\*

Dos horas despues estaba en el cuartel.

Mi compañía hallábase dividida en siete ú ocho grupos, distribuidos en diversos departamentos y sentados los números delante de grandes cartones con gruesos caracteres, donde se veía el abecedario. Un cabo en cada grupo enseñaba las letras á las soldados señalándolas con una baqueta de fusil. Dos soldados sentados detrás del grupo, y sin ser vistos del cabo, en un rincon, hallábanse con la cabeza inclinada sobre un pedazo de papel, donde escribían ó pintaban algo con un pedacillo de lápiz. Al aproximarme á ellos lo advirtieron de repente; pero no les dí tiempo para que ocultasen el papel, y se levantaron y me lo presentaron á la primera indicacion, esperando militarmente á que les echara una peluca.

En el papel se veía el boceto de una cabeza informe, pero que por su redondez en los contornos y por cierta boquita pequeña se podía venir en conocimiento de que aquello era la cabeza de un muchacho.

—¿Qué es lo que habeis querido hacer con este mamarracho?

Al oír mi voz, todos los soldados se pusieron de pie.

—Pero, decid, ¿á quién habeis querido retratar?

—Pues... á... Carletes.

—¡Carletes!... ¡Carletes ha muerto!

—¡Cómo! exclamaron todos á una, mirándose alternativamente los unos á los otros.

—Sí, ha muerto el pobrecillo á consecuencia de aquellas malditas calenturas. Mirad, esta es precisamente una carta que escribió hace pocos dias para dirigirla á todos los soldados de la compañía. A ver, cabo, tome V. y léala en alta voz.

Yo me separé, retirándome á un extremo de la habitacion.

Tan pronto como la carta empezó á ser leida, todos los soldados rodearon al cabo; pero á los pocos renglones la carta pasó á otras manos, porque el cabo no podía seguir leyendo: el segundo lector se la pasó á otro tercero, porque él necesitaba tambien sacar el pañuelo para limpiarse las lágrimas... y á poco casi todos ó lloraban ó disimulaban su lloro.

—¡Buenos chicos! pensaba yo mientras tanto en el rincon donde me hallaba.—Ya no existe Carlos; habeis perdido todos un amigo á quien queríais y que os quería; cierto, es cierto, pobres soldados, yo tambien sufro, como vosotros, tambien yo adoraba á aquel chiquillo... Bien está; yo



lo amaré en la persona de vosotros; de hoy más os quiero doble. Y tú, pobre Carlos, puedes estar seguro de que tu memoria no se borrará entre nosotros; te juro en nombre de los soldados que te amaron tanto, te juro en su nombre, que el tuyo quedará impreso en la bandera del regimiento, como una preciosa tradición como un recuerdo de ternura, y con objeto de que mantenga en nosotros el sentimiento de cariño á los infelices, y de amor para con los niños desvalidos.

.....

\*  
\*  
\*

—¿Y la moraleja? pregunté yo al amigo que me relataba lo anterior, tan pronto como hubo pronunciado la última palabra.

—La moraleja, respondió, es ésta. Hay un secreto con el cual podemos hacer que la vida del soldado por mala y penosa que sea le parezca bella y alegre; secreto que nos da vigor en las fatigas, constancia en los sacrificios, valor en los peligros, y una fuerte y tranquila serenidad para afrontar la muerte. Este secreto se dice con una sola palabra: ¡amar! ¡Consiste en eso, en amar! Yo le apreté la mano.

—Si alguna vez te viene á las mientes, añadió, el deseo de escribir este cuento; y si una vez escrito, te lo alaban, te ruego que no trates de agradecérmelo; yo no te habria contado nada ó te habria contado una narracion fría y sin interés de ninguna especie, si no tuviese á mi lado como tengo ahora por fortuna, otro muchacho como Carletes, á quien adoro como á un hijo y que me interesa tanto como Carlos; y él me ha avivado mi memoria, y me ha despertado vivo el recuerdo del *hijo del regimiento*, para que yo te lo haya narrado con los colores frescos como si hubiese ocurrido ayer de mañana. El mérito pues del trabajo, si mérito tiene, le pertenece á este chico en parte, y te pertenece en la otra parte á ti, si sabes contarlo. Este muchacho se llama Rodolfo; te lo digo para el caso de que quisieras, al escribir *el hijo del regimiento* usar de su nombre, y á fin de que si llega á leerlo el día de mañana, aquí ó allá, en un colegio militar, por ejemplo, que se acuerde de mí.

—Está bien, respondí.





Conque, yo dedico este cuento á ti, querido Rodolfo; es poca cosa; pero tú que eres tan bueno, mirarás en él lo que en él hay mejor: el corazón.

Quiéreme á mí tambien un poco, querido chico, y quedaré pagado. Gracias, y adios.



## LOS AMIGOS DE COLEGIO.

### I.

**S**ABIDO es que hay quien escribe todas las noches lo que hizo durante el día; quien recuerda por la noche el asunto de la comedia vista la víspera, ó el libro que leyera, ó los cigarros que fumara; pero ¿hay siquiera un uno por ciento, un uno por mil que haya formado en su vida la lista de las personas que conoció ó conoce?

Y no ya de las personas, reducidas en número con las cuales se habla ó á quienes se ve á menudo; sino de aquellas que conocimos en otro tiempo y que probablemente no se volverán á ver más: y de estas ¿quién no ha perdido el rastro de cien y cien nombres de mil y mil fisonomías?